

Prólogo

Olga del Pilar López, Ph.D

Vicerrectora de Posgrado e Investigación en Artes

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0001-7009-9198>

En este número de *Sonocordia* reconocemos verdaderos encuentros transdisciplinarios, contaminaciones de los saberes que nos permiten inventar otros topos de pensamiento. De la filosofía a la historia, del cine a la música, de la literatura a los estudios urbanos, los autores aquí reunidos elaboran la urdimbre y la trama de este tejido denominado Medellín. En un sentido más amplio, de lo que hablamos es de estética con todos sus matices: abyecta, violenta, festiva, corporal, trágica. Ahora bien, el énfasis en estéticas de lo sonoro lo encontramos en el primer texto titulado «*Los 14 cañonazos bailables en dub: técnicas de remix aplicadas al archivo discográfico de Discos Fuentes*», de Juan Esteban Herrera. En primer lugar, el texto despliega la producción musical a partir de *sampling*, *remix* y *mashup*; sin embargo, esta reflexión técnica busca pensar un archivo, la colección de los 14 cañonazos bailables. A partir de allí, se complejiza la escucha, pues no es solo un músico que produce a partir de este archivo, sino un creador que lo deconstruye y, a su vez, se instala en las encrucijadas sonoras que atravesaron a la sociedad colombiana durante varias décadas. Esta relación con el archivo que se aproxima más al anachivismo —en el sentido de desorganizar el archivo y ponerlo al servicio de nuevas sensibilidades—, es lo que le permite a Juan Esteban Herrera lograr la creación *Ruido selecto*. En esa medida, él se instala en la estética de la posproducción, tal y como la pensó en su momento Nicolas Bourriaud, quien nos recordaba nuevas formas de creación a partir de la reutilización de materiales sonoros y visuales, lo que nos permite hablar de una cultura del *remix*. Para lograr su propia creación, Juan Esteban Herrera elige treinta fonogramas a los que les aplica tres criterios: una reconocida repercusión comercial, novedosos en cuanto a su interpretación e instrumentalización y, finalmente, los gustos del mismo Herrera. Estos tres criterios le permiten trabajar y deconstruir el archivo y fusionarlo con sonidos contemporáneos. Así él

logra, una «selección de ruido» para su trabajo creativo que nos pone en relación con estratos sonoros y encuentros que hacen que la historia de la música popular colombiana se revitalice y que el archivo, como memoria, se combine con otras más contemporáneas para lograr un palimpsesto de una gran riqueza sonora.

La contribución de Juan Diego Parra con su artículo «Metal Medallo. Música, violencia y resistencias juveniles en Medellín, años 80» es otra aproximación a la cartografía sonora de Colombia y, en particular, de Medellín. A partir de la película *Rodrigo D. No futuro* (1990), el autor reconoce un quiebre en el universo sonoro de la ciudad y la efervescencia de otras sonoridades que hablan y sirven de premonición de lo que se avecina: un torbellino de violencias en donde los jóvenes de Medellín se juegan diariamente la vida. Así, a través de la música se sienten las contradicciones, los miedos, las violencias, las resistencias y las respuestas de una generación que ya no cree en la ciudad burguesa, católica y moralizante. Una ciudad que explota, una *monstruopolis* donde los barrios sobrepoblados y abandonados por el Estado buscan estéticas alternativas y, en esto, son los jóvenes quienes dan respuestas a través del mestizaje de sonidos, en donde Parra identifica elementos provenientes tanto del *Death Metal* como del *Trash Metal* alterados por los tonos locales y las letras en español. Esta lectura alternativa a la violencia no se inquieta tanto por volver sobre un relato del narcotráfico y la desidia, incapacidad o complicidad del Estado, sino por escuchar los rumores que afloran en los sonidos y

las letras de las canciones para entender que la ciudad se ha transformado y la recorre un dolor profundo de un grupo desterritorializado del relato de ciudad, el cual encuentra en la música una manera de expresarlo. Así, los años ochenta son el punto de fractura, el encuentro con lo turbio, un relato trágico de un país que se hunde para siempre en las lógicas mafiosas que aún hoy lo determinan. Por eso, al leer sus síntomas en la música juvenil que se producía en la ciudad, Juan Diego Parra pone en evidencia un fenómeno cultural por el cual aflora el entramado de violencias que marcó la vida de cada uno de sus habitantes. De modo que las estéticas se expresan no tanto desde lo bello o lo agradable, sino como fenómeno cultural, desde donde podemos avizorar ese futuro-no futuro, ese rostro terrible que genera el sentimiento nihilista ya presente en las canciones de las bandas que Parra estudia en este artículo.

El texto de Beatriz Elena Acosta, «Medellín entre dos siglos. Relaciones entre literatura y música en tres novelas urbanas», reafirma el argumento de las estéticas urbanas que atraviesa todos los artículos. Su intención es encontrar los ritornelos que han arrullado a la ciudad de Medellín a través de los textos literarios. En esa medida, nos trae una escritura que suena, que canta los tonos populares, locales e importados con los que se construyen los territorios de esta ciudad, de esta *monstruopolis* dejada a la aventura y donde solo aparece el Estado para reprimir e, incluso, desaparecer a sus habitantes. En este artículo, el encuentro entre literatura y música se hace de la mano de tres autores y tres textos, los cuales

permiten ir al encuentro de varios estratos geológicos en el ambiente urbano de Medellín: los matices de violencia que pasan por diferentes actores, los paisajes sonoros que se suceden y se superponen, las capas de muertos que se acumulan, esa mayoría silenciosa que, sin embargo, en el contexto de los barrios de Medellín, es bulliciosa y se queda como un halo de memoria en cada uno de sus topos. En ese sentido, encontramos aquí los «cuerpos mezclados» de hibridaciones sonoras, en donde la ciudad misma deviene un personaje literario que la semiótica se esmera en presentar. Esta se despliega en el texto de Beatriz Elena Acosta a través de la narrativa de Gilmer Mesa, Luis Rivas y Pablo Montoya, pero, sobre todo, por el ejercicio de su escritura que desde el ensayo poético propone el encuentro con estos tres autores.

Una babel sonora con ritmos caribeños, punkeros, tangueros, *rockeros*, raperos que, a su vez, elabora los tonos, el sentido y las palabras mismas con las cuales se habla en los barrios. Literatura que no desprecia a los personajes, sino que son tratados con delicadeza y descritos a partir de sus penas, amores, temores, gustos y anhelos. Así, como decíamos previamente, todo es cuestión de estética, de sensibilidad; por lo tanto, vemos aparecer el humor y el ritmo como valores fundamentales de las estéticas populares que, por lo demás, son lábiles y dinámicas. Entonces, si estas décadas de violencia en Colombia y, en particular, en Medellín, constituyen una tragedia que nadie niega, a su vez, debemos reconocer vías de resistencia y otras estéticas, tanto a nivel micro, en el día a día de la sociabilidad urbana,

como en los paisajes de las artes de las últimas décadas.

Finalmente, este número de *Sonocordia* cierra con la entrevista que le hizo Meining Cheung Ruiz a Mariano Sepúlveda en su paso por UArtes. A partir de una conversación muy amena, Sepúlveda nos hace un recorrido de su carrera artística, desde los avatares del inicio hasta los grandes logros concretados en giras y en relaciones con grandes músicos. Por medio de sus palabras encontramos la otra faceta de este músico que impactó el universo sonoro de América Latina durante varias décadas. Además de lo biográfico y de la cartografía sonora de Colombia que, de nuevo, aflora, la entrevista abre debates interesantes entorno a la enseñanza de la música, trabajo y derivas creativas. Todo esto enmarcado en el lenguaje sentido y honesto de Paporí, quien nos muestra su pasión por la música y cómo cada encuentro con esta se da en un campo intensivo de deseos y exploraciones que terminó por cambiar y modelar su vida. Al maestro Mariano Sepúlveda se le puede aplicar la siguiente fórmula: «Uno no elige la música, ella es quien lo elige a uno» para desplegar sus sonidos que no pertenecen al mundo, sino al cosmos.

Espero que disfruten la lectura de este número de *Sonocordia*, que recopila estos autores colombianos, quienes estuvieron en el Encuentro de Ciudades a través de las Artes: Guayaquil-Medellín, en abril de 2022, donde nos recordaron que la música es un fenómeno cultural desde el cual podemos avizorar las temporalidades de un país con sus tensiones y actores.